

LA ACTITUD CRISTIANA HACIA EL PENSAMIENTO

Es una desgracia que una religión con las posibilidades culturales del cristianismo, muestre una actitud tan poco amigable hacia el desarrollo mental. Por dos mil años el cristianismo ha fruncido el ceño ante el progreso intelectual, marcando con desdén a la mente como una creación falsa, con la cual “Su Majestad Satánica” espera entrapar a la raza humana. Aunque es cierto que la mente inferior (o animal) es una real amenaza, es mucho más evidente la verdad de que los resultados de una mente iluminada son factores indispensables para el desarrollo de la civilización.

Semejante a algunas otras religiones, el cristianismo, en su apelación, es distinta y primariamente emocional. Aunque la naturaleza espiritual se expresa a si misma en forma más adecuada por medio de la naturaleza emocional trasmutada, también sabemos que la emoción no regenerada y sin trasmutar, ha dado como resultado exceso de bestialidad y derramamientos de sangre como lo fueron la Inquisición española y la noche de San Bartolomé. La pasión, cuando es trasmutada en compasión, deviene una cualidad divina; pero, a menos que el estabilizador elemento de la mente se halla presente, generalmente es seguida del desequilibrio. La mente, el corazón y la mano son socios, y sólo cuando los tres cooperan es el soberano bien una realidad.

Por siglos, el cristianismo ha dado el anómalo espectáculo de perseguir a sus pensadores, y más tarde canonizar a aquellos mismos que quemara en la hoguera o destrozara en la rueda. El descendiente directo de tal persecución del intelecto por la religión es el moderno materialismo. Ya sin enemigos y segura de su poder, la ciencia ahora trata de destruir sus antiguos inquisidores; y sin verdadero entrenamiento filosófico o intelectual, el teólogo común es incapaz de competir con el entrenado pensador científico de hoy en día.

El cristianismo no es sólo una religión, sino también una filosofía. Bajo su complicado simbolismo está oculto un código de vida grande y universal, pero quienes han buscado ese código han sido perseguidos sin misericordia. Las doctrinas del cristianismo tienen sus raíces en los más antiguos sistemas filosóficos; y si quiere sobrevivir a los violentos ataques del materialismo, la iglesia debe comprender profundamente que su fuerza reside en su filosofía. El siglo veinte rechaza enfáticamente todo intento de que se le indique lo que debe creer. Demanda el privilegio de determinar por si mismo la forma que deberá tener su religión. Por siglos, el laico ha sido nutrido con especulaciones teológicas. Para librarse de ese parásito enorme de falsas emociones impuestas sobre él, ha comprendido ahora, profundamente, el pensador cristiano, que debe rechazar esa carga de inconsistencia teológica.

Es en vano el pretender construir una estructura duradera del pensamiento sobre la base de falsas nociones e inconsistentes dogmas. La mente debe, por lo tanto, reconstruir la estructura del pensamiento sobre un nuevo planteo básico. La mente es sólo un puente que

une la ignorancia con el entendimiento, y a través del puente del intelecto, debe pasar el espíritu en su búsqueda de la verdad. La mente es un medio y nunca debe ser confundida con el fin. Sin embargo, debemos aceptar que es casi imposible para el hombre, en su estado actual, disociar su conciencia de su intelecto sin caer en el engaño o la inconsistencia. El cristianismo debería estimular el pensamiento. La religión no sólo debe convertir la personalidad (que es la fase más baja de la naturaleza humana), sino también, la individualidad, presentando a las facultades racionales un teorema racional sobre el origen y propósito de la vida.

LA ACTITUD MATERIALISTA HACIA EL PENSAMIENTO

El mundo científico de hoy está interesado profundamente con el fenómeno y función de la mente. Demasiado abstracta para ser susceptible de examen por los instrumentos del físico, la mente sigue siendo un tema fascinante pero, en cierto modo, una especie de suplicio de Tántalo, por lo inalcanzable para la investigación científica.

Algunos científicos sostienen que la mente es un producto químico, resultante de ciertas reacciones químicas producidas en el cuerpo físico. Los pensadores más materialistas creen que la mente es definitivamente una parte del organismo físico y que no sobrevive a la disolución del cuerpo. Unos pocos, más osados, afirman que el intelecto es algo suprafísico, anterior al cuerpo y que lo sobrevive después de su destrucción.

Al discutir su actividad funcional, la opinión más generalizada es la de que la mente es el más poderoso vehículo de expresión del hombre. Nuestra civilización toda es la evidente expresión - más bien: objetivación - de los poderes existente potencialmente en la mente. También es aceptado, casi universalmente, que el equipo intelectual del individuo es todavía comparativamente imperfecto y que la mente, bajo una dirección adecuada, es capaz de producir inmensamente más de lo que lo hecho hasta ahora.

El materialista está en un laberinto sin salida: no está convencido de si la mente sabe cómo pensar o si es que debe ser enseñada a pensar, antes de ser capaz de producir cualquier cosa. Los esfuerzos hechos hasta aquí para analizar los procesos mentales, sin embargo han resultado negativos.

La mente puede ser considerada un nivel o gradación de la Sustancia Universal. Penetra toda estructura y forma, pero, sólo puede llamarse seres *pensantes* a aquellas criaturas que tienen, en su propia naturaleza, un cerebro suficientemente sensitivo para responder a los sutiles impulsos de este plano mental.

De acuerdo a la filosofía, la naturaleza espiritual del hombre está entronizada en el plano mental. La sustancia de la mente es, también, el eslabón que une el espíritu con la materia; porque la mente participa tanto de la actividad y conciencia del espíritu como de la inercia e insensibilidad de la materia.

Toda sustancia física está bajo el control de la sustancia mental, porque el contorno de la forma física corresponde al molde formado por la facultad de imaginar que tiene la actividad del pensamiento

El mundo no es más que una objetivación del nivel de la mente humana, y cada mal que ocurre en el mundo es, en realidad la reflexión de alguna deformidad mental. El pensamiento es la acción causal que se halla detrás de una legión de diversificados efectos. En consecuencia, en la reforma de una institución, pueblo o raza, hay que sintonizar primero con la nota clave intelectual de esa institución, pueblo o raza. Frecuentemente, numerosos efectos son referidos a una sola causa, y quien remodela las agencias causales

podrá obtener resultados más reparadores, en su campo de acción, que aquel que sólo se ocupa de los efectos.

La ciencia ha fracasado hasta el presente en dar a sus devotos un código moral o ético. Ha buscado el incremento de la capacidad mental y el mejoramiento de las cualidades mentales, pero ha sido incapaz de comprender que así como la mente se engrandece, se vuelve más peligrosa si no se cuida el correspondiente desarrollo moral y ético. Con su cultivo de la mente, no es del todo inverosímil que la ciencia pueda producir un monstruo como el del doctor Frankenstein que destruya su propio creador. Esa educación no es suficiente cuando sólo confiere al hombre un equipo mental superior; es, también, de importancia vital que sean desarrolladas las cualidades alma. El alma es algo que el intelecto no puede otorgar.

Nada más terrible puede ser concebido que un mundo de individuos sin alma, en el cual todas las cosas hayan sido reducidas a un frío cálculo intelectual, y solamente cuando la evolución de la mente y el alma sea paralela - cada una equilibrando el exceso de la otra - tendremos, realmente, un mundo seguro para el desarrollo de la humanidad.